EL CAMINO DE LA HUMILDAD EN LAS ENARRACIONES SOBRE LOS SALMOS DE SAN AGUSTIN

*Sé humilde en tu Dios humilde, para que seas excelso, en tu Dios glorificado*¹.

San Bernardo, el abad de Clairvaux, es quien guía a Dante cuando el poeta se interna en lo más íntimo del Paraíso, en el Cielo Empíreo. Primero fue Virgilio su compañero de viaje; luego Beatriz y ahora es a Bernardo a quien le incumbe esta tarea. El se presenta como un anciano vestido de gloria que irradia en su rostro una benigna alegría y en su porte manifiesta la piedad que conviene a un padre; así lo conduce hasta el trono de María Santísima².

En el itinerario que recorre Dante hacia "*l'Amor che move il Sole e l'altre stelle*"³, se suceden de esta manera la razón —Virgilio—, la teología —Beatriz—, la contemplación —Bernardo—, y la gracia —María—⁴.

1. *Esto humilis in humili Deo tuo, ut sis excelsus in glorificato Deo tuo. En. in Ps. L, 12,5. Cf. Tract. in Io. XXI, 7,14: Ipse enim excelsus, qui humilis ut nos humiles faciat excelsos.* Para las Enarraciones seguimos la ed. de E. Dekkers-I. Fraipont, CCSL XXXVIII, XXXIX, XL. A ella remite la numeración.
2. *La Divina Comedia, Par. XXXI, 58-69; XXXII, 1-3.*
3. *Id. Par. XXXIII, 45.* Con este verso cierra Dante el *Par.* encuadrando su poema en un gran movimiento, pues en *Par. 1,1* habla de *La Gloria di Colui che tutto move*, comprendiendo todo el Canto entre los límites últimos del ser. Cf. E. Gilson, *Poésie et Théologie, en Dante et Béatrice*, Paris 1974, p. 89.
4. Sobre Virgilio: Ch. Moeller, *Homère et Virgile, en Humanisme et sainteté*, Paris 1946, sobre todo pp. 81-83. Von Balthasar a su vez muestra como en Beatriz el

Llegado al término de su largo camino el poeta contempla la gran armonía de los Bienaventurados, que forman en torno de la Virgen una Rosa Mística. A los pies de María se encuentra aquella mujer tan bella que abrió la herida que la Virgen cerró y sanó⁵, luego está Raquel y junto a ella se encuentra Beatriz; le siguen Sara, Rebeca, Judit, Rut, las santas mujeres que esperaron la venida del Señor. Uniendo ambos Testamentos aparece el gran Juan "*che sempre santo, 'l diserto e 'l martiro sofferse*", y a continuación, consumada la esperanza de la Antigua Alianza, vemos a Francisco, Benito y Agustín⁶, testigos de los tiempos nuevos que, porque se han revestido de Cristo⁷, con Cristo han tenido acceso al Padre.

Esta última enumeración no es arbitraria. Se trata de tres santos fundadores que han abierto una Vía que conduce a sus hijos hasta la Gloria sin par de Dios. San Francisco por el amor a la pobreza; Benito estableciendo los grados por los que se asciende al Cielo abajándose por la humildad y Agustín describiendo el camino por el que Cristo nos arranca del pecado para conducirnos en El, en su humildad, a la exaltación de la Bienaventuranza eterna.

El mismo Agustín transitó el camino que nos indica; es el camino de su conversión, el cual, coincide con el camino de su humildad:

Y buscaba —dice en las Confesiones— la vía para adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozarte, y no la encontraría sino abrazándome con el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que es Dios bendito sobre todas las cosas y por los siglos de los siglos. El clama y dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida, y el alimento, del que yo estaba aún impedido de comer, por estar mezclado con la carne, ya que el Verbo se hizo carne, a fin de amamantar nuestra debilidad con su sabiduría, por la cual creaste todas las cosas.

Pero yo, que no era humilde, no tenía a Jesús humilde por mi Dios, ni sabía de qué cosa pudiera ser maestra su debilidad. Pues tu Verbo, Ver-

eros-filosofía se transforma en ágape-sabiduría. *La Gloire et la croix*, t.2,1, París 1967, pp. 350-354 s., 359,365. Sobre esta metamorfosis de Beatriz, E. Gilson, *Dante et la Philosophie*, París 1972², chap. 1er. El lugar que ocupa Bernardo en el poema sacro está en relación con su Mariología: Ver, D. Nouguez, *Mariologie de S. Bernard*, París 1935, pp. 236-243. Es el mismo abad de Clairvaux el que describe a la Virgen como Gracia, Cf. *Par.* XXXIII, 13-15.

5. Esta relación entre María y Eva fue una de las características de la devoción marial del Medioevo. María es la que "*mutans Evae nomen*", himno *Ave Maris stella*, Chevalier 35597.
6. *Par.* XXXII, 4-6; 7-10; 28-33; 34-36.
7. Cf. *Rm* 13,13. Es el texto que escucha Agustín la tarde de su conversión. Ver: *Conf.* VIII, 12,29.

dad eterna, trascendiendo las partes superiores de tu creación, levanta hacia sí a las que le están sometidas, al mismo tiempo que en las partes inferiores se edificó para sí una casa humilde de nuestro barro, por cuyo medio abatiera en sí mismo a los que había de someter y los atrajese a sí, sanándoles la herida y fomentándoles el amor, no sea que confiados en sí mismos, se alejasen, sino, por el contrario, se hagan débiles viendo ante sus pies débil a la divinidad por haber participado de nuestra túnica externa, y cansados se arrojen en ella, para que, al levantarse, ésta los eleve⁸.

Agustín se arrojó, y ahora lo contempla la Iglesia elevado junto a este Cristo humilde y glorificado. Nos proponemos considerar esta Vía que él recorrió, y lo haremos presentando los textos en que habla de ella centrándonos en su Comentario a los Salmos. No trataremos de su conversión, de las etapas de su vida, sino intentaremos presentar la Vía cristiana, el Camino de la humildad, que lleva al Reino del Amor subsistente y eterno.

SEQUI VESTIGIA IPSIUS

Una invitación: Seguir sus rastros

Seguir al Señor Jesús es imitar su humildad y recorrer el camino que El mismo recorrió⁹. Para el Obispo de Hipona se trata de cumplir el programa paulino de incorporación a Cristo, de “tener sus sentimientos” para “vivir en El”¹⁰. Sentimientos que Pablo describe mediante una gran curva descendente y ascendente: de la preexistencia del Mesías “en la forma de Dios” llega a la “forma de siervo”, y de allí, “hasta la muerte y muerte de cruz”, para ser exaltado nuevamente junto a Dios¹¹. Este movimiento encuadra toda la economía de la salvación y estructura en Agustín su concepción del misterio de Cristo y de la vida cristiana¹².

-
8. *Conf. VII, XVIII, 24.1.* Sobre las etapas de la conversión de Agustín, ver: A. Mandouze, *Saint Augustin, L'Aventure de la Raison et de la Grâce*, París 1968 pp. 84-119.
 9. *En. in Ps. XXX, 11, S. 111,5; id. XC, S. 11,7,10,13; id. CIII, S. 111,0; id. LXVI,5.*
 10. *Flp 2,1-5.*
 11. *Flp 2,6-11.*
 12. Podríamos resumir su esquema cristológico, con estos textos bíblicos: *Jn 1,1; Flp 2,6-7; Jn 1,14.* Encontramos ya este esquema en el *De Fide et Symbolo*, del 393, *Sect. sec. De Verbo Dei 3-7*, y posteriormente todo a lo largo de las *Tractatus in Io*.

“Lo que se hizo por tí —dice Agustín— esto es lo que debes atender para imitarlo”¹³. Ahora bien, esta imitación no queda en lo meramente moral, ella abarca toda la existencia del hombre, pues ser humilde consistió para Cristo en ser hombre, en compartir nuestra condición humana. El obispo de Hipona al predicar la humildad lo hace como teólogo, es decir, como quien reflexiona sobre la palabra de Dios, pero también como pastor que busca iluminar la vida cotidiana de sus oyentes con esa misma palabra divina. Así, él invita a “contemplar la Cabeza (Cristo), el ejemplo de su vida” para encontrar la tranquilidad en la esperanza, mientras caminan entre las turbaciones de este tiempo¹⁴. Por esta atención, por esta contemplación, se abrirá la vía que, como dirá Petrarca, va del “ojo al corazón”¹⁵. Se trata de ver para imitar, pues, para él “el ser, la vida y la inteligencia son originalmente una unidad en tres términos”¹⁶. Nada queda en lo meramente especulativo, todo se hace vida, pues la vida se manifestó y abrazó en sí todo lo viviente; era Luz e iluminó las tinieblas, formando lo que el Agustino denominará “el Cristo total”. Y esta totalidad viviente de Cristo será el horizonte de su pensamiento. Esto nos permite comprender adecuadamente la identificación con Cristo que se opera al imitar a Cristo. Cristo es camino; quien lo transita, en él habita Cristo¹⁷.

Toda la enseñanza cristiana podemos sintetizarla en este punto: “Hermanos míos aprendemos que Cristo únicamente nos enseñó la humildad, puesto que siendo Dios, se hizo hombre. Esta humildad es la que desagrada a los paganos, por ella nos ultrajan, diciendo: ¿Adoráis a un Dios que nació? ¿Adoráis a un Dios crucificado? La humildad de Cristo desagrada a los soberbios. Si a ti cristiano te agrada, imítala. Si imitas a Cristo no te fatigarás, porque él dijo: Venid a mí todos los cansados y fatigados y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. Esta es la doctrina cristiana, nadie obra bien si no es con la gracia de Cristo”¹⁸.

Imitar a Cristo es ser humilde con su humildad. La única respuesta que admite el llamado a ser cristiano es una conversión y esta consiste en el movimiento contrario al que nos alejó de Dios, en la humildad. Su fruto será el contrario al producido por la soberbia: la paz.

“Venid a mí todos los que estáis fatigados por vuestra soberbia, y descansaréis en mi humildad. Aprended de mí que soy manso y humilde

13. *En.in. Ps.* XC,1. Cita a *Mt* 11,29.

14. Cf. *id.* LIV,13,16.

15. *Il Canzonieri*, parte prima,3.

16. H.-U. von Balthazar, *o.c.*, p. 96.

17. Cf. *En. in Ps.* XC, S.II,7.

18. *Id.* XCIII,15; Cfr *id.* XXX, S III,5,5.

de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. ¿Por qué razón se fatigan, sino porque no son mansos y humildes? Dios se hizo humilde, que el hombre se avergüence de ser soberbio¹⁹”.

“¿Queréis venir a donde yo estoy? Venid por donde yo camino”.²⁰.

Ir tras él consiste en imitarlo, y lo seguimos cuando deseamos estar allí donde Él está. La humildad vive de la esperanza, pues la esperanza ilumina a la humildad, le muestra su fin: el anhelo de gloria, pero de la gloria verdadera que está en la raíz de la humildad.

“¿Quieres estar donde él está? Cristo ya ha sido ensalzado. ¿Quieres estar allí? Sé humilde donde él lo fue. Yo vine —dice él mismo— a humillarme, y ¿queréis ser ensalzados antes que yo? Por donde yo voy seguidme”²¹.

Quien lo sigue debe prepararse a ser humillado, para poder ser exaltado con Cristo²².

MAGISTER HUMILITATIS

El maestro de la humildad

San Agustín llama al Verbo encarnado “Doctor de la humildad” pues Él desciende para enseñarnos el camino haciéndose El mismo camino²³. Su encarnación es la gran escuela de nuestra humildad, del camino a seguir para entrar en comunión con Dios²⁴. Él es nuestro Maestro²⁵, y no anhela sino enseñarnos la humildad, “Preparemos, entonces —dice Agustín—, el oído, preparemos también el corazón”²⁶.

En Cristo Dios se humilla por nosotros²⁷, y lo primero que nos revela ésta su humillación es cuáles son los sentimientos de Dios hacia nosotros:

19. *Id.* LIV, 13; *Mt* 11,28-29.

20. *Id.* CIII, S. III,9.

21. *En. in Ps.* CXXVI,4.

22. *Cf. id.* LXV, 14,24.

23. *Id.* LVIII, S. I, 7. *Cf. id.* LVIII, S. II,5,41; *id.* XVII,10,1; LIV,20; LXIII,13,15.

24. *Cf. id.* XCIII,15; XXXVIII,17;18.

25. *En. in Ps.* XXXVIII,18,28.

26. *Id.* XXXVIII,16.

27. *Id.* XXVI,6; CXLIII,12.

“Nuestra condición afectó a Dios. Para El, ser afectado es compadecerse de nuestra flaqueza; por eso quiso tomar la misma carne, para en ella matar la muerte”²⁸.

La compasión de Dios nos conduce a lo que hay de más íntimo en su ser, su misericordia: “Donde hay afecto, allí hay misericordia. Se compadeció desde lo alto y si no hubiera querido humillarse permaneciendo en la forma en la cual era eterno e igual al Padre, nosotros hubiéramos permanecido para siempre en la muerte sempiterna a la que nos condujo el pecado de soberbia. El se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz”²⁹.

Si de parte del hombre la humildad y la esperanza se acompañan³⁰, en Dios el binomio es misericordia y humildad³¹, pues a su humillación antecede su compasión. Sólo la misericordia de Dios podía abrir el camino de retorno, sólo su ternura compasiva podía salir al encuentro del hombre que se había alejado de El, para que este mismo hombre se acerque nuevamente a su Dios. El magisterio de Cristo nos enseña cual es el fundamento de nuestra conversión: ella será siempre un encuentro con su misericordia.

REDI DE PROFUNDO

Un programa: Vuelve del abismo

“Cuanto más soberbio es el corazón del hombre, tanto más se aparta de Dios; y si se aparta de Dios, va hacia el abismo.

Por el contrario, el corazón humilde arrastra del cielo a Dios, para hacerse cercano.

Ciertamente, Dios es excelso, Dios está sobre todos los cielos, sobrepasa a todos los ángeles. ¿Cuánto tienes que elevarte para alcanzar a quien es excelso?

No quiero que te rompas estirándote, te doy un consejo, no sea que estirándote estalles por la soberbia. Ciertamente, Dios es excelso, pero humíllate y descenderá a tí”³².

28. *En. in Ps.* XXXIII, S. I, 19.

29. *Id.* XXXIII, S. I, 19; *Cf. id.* XX, 8.

30. *Cf. En. in Ps.* CXXXVIII, 4; *id.* CXVIII, 2, 3; *id.* LXX, 9.

31. *Cf. id.* LXI, 20, 14; CXVIII, S. XIII, 2.

32. *En. in Ps.* XCIII, 16.

Por el pecado el hombre cayó del lugar que le correspondía en el plan de Dios. Única creatura creada a su imagen y semejanza, única que poseía la libertad “cayó de su altura, al enfrentarse soberbiamente al Señor”. El hombre cayó; “se cumplió en tí —dice Agustín— lo que está escrito: todo el que se exalta será humillado; que se cumpla en tí: todo el que se humilla será ensalzado. Vuelve, por lo tanto, del abismo”³³.

Caímos en Adán, en él todos pecamos y fuimos humillados, nos hicimos vanos al no querer estar sujetos a la Verdad³⁴, al lugar que nos correspondía en la mente de Dios. Así, nuestra raíz está viciada, y sólo sanará por la humildad, por una re-ubicación en el lugar que Dios previó para nosotros. Y este regreso es posible porque nuestra libertad, aunque desgarrada, aún puede querer estar en Dios.

La soberbia “quiere” agradar a los hombres; la humildad, por el contrario sólo ansía agradar a Dios que ve en lo oculto. Aquellos que no quieren ser humildes se rebelan, en última instancia, ante esta Mirada de Dios, y piensan ser dignos de algún honor³⁵. El humilde en cambio no desea sino ser alabado en Dios:

“¿Qué es ser humilde?

No querer ser alabado en sí.

Quien quiere ser alabado en sí es soberbio.

El que no es soberbio es humilde.

¿No quieres ser soberbio?

Para que puedas ser humilde dí lo que está escrito: Mi alma se gloriará en el Señor, oigan los humildes y se alegren.

Los que no quieren gloriarse en el Señor, no son mansos, sino crueles, ásperos, arrogantes y soberbios³⁶.

Someterse a la verdad es libremente humillarse para salir del pecado que nos hace esclavos del error.

La verdad de Dios discierne entre el soberbio y el humilde. Entre el que presume de sí y el que presume de Dios³⁷, para alejarse del primero y habitar en el segundo. Es la intención de sus corazones lo que distingue a cada género de hombres, allí es donde escruta Dios.

33. *Id.* LXX,S.II,9; cita *Lc* 14,11.

34. *Cf. En. in Ps.* CXVIII, S. XVIII,5.

35. *Cf. id.* LXXV,1.

36. *En. in Ps.* XXXIII, S.II,5.

37. *Cf. En. in Ps.* XC,S.I,6.

“Los justos —señala el Hiponense— se esfuerzan en tender por la humildad a las cosas sublimes; los inicuos se inclinan a las bajas por la altanería. Los primeros se anonadan para subir, los otros se enaltecen para caer”³⁸.

Cuando el hombre se afirma a sí mismo por sí mismo, cae, es como si sus propias manos no pudieran sostener su peso, necesita de Dios para no abismarse en su propia nada. La humildad parte de esta misma nada pero desde allí asciende a Dios. Si quiere ensalzarse, caerá indefectiblemente; si se humilla, si acepta su realidad más íntima, será ensalzado. “Elige —insta Agustín— ser abatido”³⁹; podríamos decir: elige ser reubicado. Pues la humildad reestablece la adecuada relación que existe entre la creatura y su Creador. Como hace notar Ragnar Holte, lo que sorprende en el concepto agustiniano de soberbia y de humildad “es que están en relación directa con el hombre como ‘naturaleza’, en otros términos, ellos se refieren ante todo a su posición ontológica”⁴⁰.

La relación es la siguiente: “Dios está en lo alto, nosotros en la humildad”⁴¹.

“Dios es excelso, que el cristiano sea humilde. Si quieres que el Altísimo se acerque a ti, sé humilde.

Este es un gran misterio, hermanos, Dios está sobre todas las cosas, te levantas y no lo alcanzas, te humillas y El desciende a ti”⁴².

¿Cómo salir del abismo y hacer que el Dios de la misericordia se acerque y me libre? Por la penitencia, que es concebida por Agustín como una forma de humillación pues dice: “¿Cómo me atreveré a acercarme a Dios? ¿Cómo? Humillándote por la penitencia. Pero —respondes— me avergüenzo de hacer penitencia. Acércate a El y serás iluminado y tu rostro no se avergonzará”⁴³. Se trata de recorrer el camino inverso al de Adán; su pecado le mostró su desnudez, y desnudo sintió vergüenza y se ocultó a la mirada de Dios. Este es el abismo: el hombre escondido en su propio desamparo. La humildad, por el contrario, coloca ante Dios esta misma desnudez, se presenta ante Dios para que su luz la revista, para que su amor la transforme: “Somos peregrinos y estamos lejos, pero es el mismo Señor el que nos ofreció la vía para dirigirnos al fin”.

38. *En. in Ps.* XXXVI, S. II, 1.

39. *Id.* LXXXIII, 15; Cf. *id.* CII, 29.

40. *Béatitude et Sagesse*, París 1962, p. 298; sobre humildad y libertad, p. 287.

41. *Ille in altitude, nos in humilitate*, *En. in Ps.* LXXXV, 2; cita *Rm.* 5,6-9 y concluye: *sed magis quia nulla erant merita, magna erat misericordia*, V,13-14; cf. V,17-23; Cf. *id.* CI, 3.

42. *En. in Ps.* XXXIII, S. II, 23; Cf. *id.* XXX, S. I, 3, 1; XXX, S. II, 13; XXXVII, 10; LXXXV, 2; CXVIII, S. XXX, 1, 2; CXXVI, 4, 1; 5, cita *Flp.* 2,6-9; CXLIX, 9.

43. *En. in Ps.* XXXIII, S. II, 11.

“¿Cuál es el camino?
 Yo —dice el Señor— Soy el camino.
 Pero ¿temes errar?
 Añade: y la verdad.
 La verdad es Cristo, Cristo es camino, camina.
 ¿Temes morir antes de llegar al fin?
 Yo soy la vida.
 Yo soy el camino, la verdad, y la vida.
 ¿Por qué temes?
 Caminas por mí,
 Caminas en mí,
 Descansas en mí.
 ¿Qué quiere decir: conozcamos en la tierra tu camino, sino conozcamos en la tierra a tu Cristo?”⁴⁴.

Hagamos penitencia para librarnos del pecado que nos seduce, y así imitemos a Aquel que “naciendo como un pecador no se detuvo en el camino, pues no lo retuvieron los atractivos del mundo”⁴⁵. Si somos peregrinos, si no tenemos nuestra morada definitiva en este mundo, seamos peritentes. Y si hacemos penitencia entonces seremos humildes⁴⁶.

CONFESSIO HOSTIA EST DEO

La confesión es una ofrenda para Dios

“Entra —dice el Agustino— en la casa de Dios con corazón humilde y habrás entrado allí con tus ofrendas. En cambio, si eres soberbio, entras allí vacío”⁴⁷. Ante la presencia de Dios sólo tiene consistencia la humildad. Dios desea de nosotros el reconocimiento de nuestro pecado, porque ansía nuestra humildad⁴⁸. Esta es la ofrenda agradable a sus ojos⁴⁹.

La ley, según san Pablo, nos revela el pecado. Para Agustín, su fin es convencernos que estamos enfermos para llamar así al médico: “Este es el camino

44. *En. in Ps. LXVI,5; Cf. id. CXVIII, S. VII,3; id. CXLI,9.*

45. *Id. CXVIII, S.XV,6; 7; 8.*

46. *Id. XCIII,8,3.*

47. *En. in Ps. XCV,9,14.*

48. *Cf. id. XCIII,22,65.*

49. *Cf. id. XCV,15.*

oculto del Señor". El Apóstol experimentó vivamente la impotencia de la ley para salvar; él "conoció que se hallaba en la miseria, en llanto, en riña y contienda, que no estaba en armonía consigo, que discrepaba y se alejaba de sí". La ley se introdujo para que abundase el pecado⁵⁰; pero ¿por qué ocurrió esto? Para que sobreabundase la gracia, pues todo responde a "una deliberación medicinal de Dios". Así, abundando el pecado, "los soberbios se humillen, y humillados confiesen, y confesos se curasen". Si no se toma conciencia de que se está enfermo, no se llama al médico. En cambio, cuando "aparece la enfermedad, crece el dolor, entonces se llama al médico y se cura"⁵¹. La pedagogía de la ley, de los sacrificios humanos, tiene por finalidad enfrentar al hombre con su real condición, con su pecado que le imposibilita agradar a Dios por sus propias obras. De aquí la necesidad de la confesión.

La confesión es un "saludable avergonzarse", ella nace del arrepentimiento⁵² que nos atrae el perdón de Dios.

Los hombres soberbios, cegados por su soberbia, dieron muerte al Hijo que había tomado justamente la forma de siervo para cegar a los soberbios y salvar a los humildes: "Los cegó para que cegados se humillasen, humillados, confesasen, y confesos, fuesen iluminados"⁵³. Lo notable de este texto es ver como de allí mismo donde se realiza el rechazo más radical de Dios, de allí, Dios hace surgir la redención. Ante esta realidad de nuestro rechazo, El exige nuestra confesión para librarnos del castigo merecido⁵⁴, y esto por la única razón de que "es bueno Aquel a quien se confiesa".

En esto consiste la humildad⁵⁵, así ella sana y eleva⁵⁶ al corazón contrito⁵⁷ que con temblor⁵⁸ y confianza⁵⁹ se reconoce pecador. He aquí la fortaleza cristiana, que nos permite ascender a Dios desde nuestra debilidad⁶⁰, cumpliéndose la gran paradoja: "lo débil de Dios, es más fuerte que los hombres"⁶¹. Su humildad es nuestra fortaleza.

50. *Rm* 5,20.

51. *En. in Ps.* CII,15; *Cf. id.* XVIII,S.II,3; XVI,6; CVI,10.

52. *Id.* LXXXV,23; *id.* XXXIV,3.

53. *En. in Ps.* LXV,10.

54. *Cf. id.* LXVI,7; LXVIII,20.

55. Ver: *En. in Ps.* LXX, S.I,4,33.

56. *Id.* CXXXVI, 4,22; CXLI,13.

57. *Cf. En. in Ps.* XXVIII,5; XCIII,8,3.

58. *Id.* CIII,S.IV,16.

59. *Id.* XLI,12.

60. Ver: *En. in Ps.* XXIX, S. II,17,35; *id.* XCII,3; 6,12; sobre todo: *id.* CXLIII,7.

61. *I Cor.* 1,25; *En. in Ps.* CLX,13,1.

EGO SUM VIA

Yo soy el camino

Cristo, veámos, es el único camino de acceso al Padre, y lo es tanto como ejemplo, como también como remedio. Esta coincidencia se funda en su doble naturaleza, es hombre y Dios, vía y término. Veamos ahora estas dos dimensiones de su misterio.

Cristo, Camino ejemplar

Ante la vía nueva que inaugura el Señor, exclama Agustín:

“Porque nos preceptuaste la humildad, aparece humilde y cumple tú primero lo que ordenaste, para que con tu ejemplo, venciendo la soberbia, no sean poseídos por el diablo que la aconsejó contra tus preceptos, diciendo: comed y se os abrirán los ojos y seréis como dioses”⁶².

Nos era necesario su ejemplo para animarnos a imitar su humildad⁶³; así, El mismo se humilla⁶⁴ para proponernos un camino a seguir, un modelo grato a los ojos de Dios.

La sabiduría humana había intentado alcanzar la verdad suprema. Agustín conoció su fascinación. Su alma inquieta había peregrinado por diversas escuelas y doctrinas; en su madurez las compara a un “diluvio de aguas abundantes” que no permiten acercarse a Dios sino que turban al alma. El agua de la verdad mana de otro manantial, ella enseña la verdadera sabiduría, aquella que nos hace “confesar a Dios, reconociéndose pecador”; ésta es el agua que limpia, las otras en cambio infestan el corazón, pues en ella confesamos los pecados y nuestro corazón se humilla:

“Esta agua de la vida de la salud, que se considera despreciable a sí misma, que no presume de sí misma que no se atribuye con soberbia nada a su propio poder, esta agua no se encuentra en ningún libro de los extraños, ni en los de los epicúreos, ni en los de los estoicos, ni en los de los maniqueos, ni en los platónicos. En todos ellos se hallan óptimos preceptos sobre las costumbres y la disciplina; sin embargo, no se encuentra es-

61. *1 Cor.* 1,25; *En. in Ps.* CLX,13,1.

62. *En. in Ps.* VII,5; *cf. id.* VII,7,13.

63. *Cf. id.* CXIX,1.

64. *Cf. id.* XXXIII,S,I,4; CXX,S,I,1.

ta humildad.

EL CAMINO DE LA HUMILDAD MANA DE OTRO LUGAR, VIENE DE CRISTO.

Esta vía está en Aquel que siendo excelso vino humilde.

¿Qué otra cosa enseñó humillándose, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz?

¿Qué otra cosa enseñó pagando lo que no debía, para librarnos a nosotros de la deuda?

¿Qué otra cosa enseñó bautizándose el que no tuvo pecado, dejándose crucificar el que no tenía culpa?

¿Qué otra cosa enseñó sino esta humildad?

Con razón dice: Yo soy el camino, la verdad, y la vida.

Con esta humildad se acerca a Dios, porque el Señor está junto a los que se atribulan el corazón⁶⁵.

Cristo, Camino de curación

Su humildad nos purifica⁶⁶, pues no sólo vino a darnos su ejemplo sino además vino para curar la herida del pecado. Nuestra soberbia motivó su humillación; no quedaba otro camino⁶⁷ y El lo recorrió hasta el fin. Nuestra ingente enfermedad trajo del cielo al "Médico omnipotente". Vino para ser suspendido en un leño, para que por "la salubridad de tan eficaz medicina se curara nuestro tumor. Que el hombre se avergüence, por lo tanto, de ser soberbio; por él, Dios se ha hecho humilde⁶⁸"; vino a sanar, vino como médico, teniendo en poco todo lo que tendría que padecer para llevar a cabo su misión.

El título de Médico aplicado a Cristo vuelve constantemente al pensamiento del Agustino, y es muy cercano a su concepto del Cuerpo de Cristo, donde los miembros injertados a la Cabeza se benefician de la plenitud de su Jefe. De allí fluye a ellos la gracia de la redención.

"Desaparece el heno, desaparecen los pecadores.

¿Qué permanecerá de los justos?

El justo florecerá como el olivo. Los pecadores aparecen como el heno,

65. *En. in Ps.* XXXI, S. II,18; Cf. *id.* XXXIII, S.I,10.

66. Cf. *En. in Ps.* L,12,7.

67. *Id.* XVIII, S.II,15,9.

68. *Id.* XVIII, S. II,15; Cf. *id.* XXXV,17.

los justos florecerán, la palma simboliza lo excelso. Y esto quizás, porque su extremidad es hermosa, para que aprecies su principio, pues procede de la tierra, y estimes su fin en la cima, en la que contiene toda su hermosura.

Su raíz aparece tosca en la tierra, pero su copa es hermosa al término. Que tu raíz esté firme, pero recuerda que ella está en lo alto.

NUESTRA RAIZ ES CRISTO, EL CUAL SUBIO AL CIELO. HUMILLADO FUE EXALTADO ⁶⁹.

Al ser injertados en esta raíz, inseridos a este cuerpo vivo y vivificante por la fe y la humildad ⁷⁰, nos alimentamos con la Vida que fluye nutricia hacia sus ramas ⁷¹, hasta llegar a ser, Cabeza y miembros, "dos en una carne" ⁷². Uno con la unidad que unió al Padre y a su Verbo ⁷³. Unidad que excluye por sí misma al soberbio e incluye al humilde ⁷⁴ que, justificado, puede participar de la naturaleza de Dios.

La Iglesia, misterio de Cristo y de su Esposa, se reúne por la humildad de sus miembros. Ella es el único pueblo que conservó la humildad ⁷⁵; sólo por ella se puede entrar y formar parte de la grey de los hijos de Dios ⁷⁶. La soberbia en cambio la desgarró, la divide, pues ella es la raíz infecta de todos los cismas.

La Iglesia es Madre y da a luz a sus hijos por medio del perdón bautismal, que ofrece a los que corren hacia ella en busca de la remisión de sus pecados ⁷⁷. Así, concibe Agustín la entrada a ella como un acto de humildad. Recordemos que para él, quienes confiesan sus pecados se humillan. De esta humillación nace la vida nueva. Las aguas del bautismo, elemento humilde, hacen renacer porque sanan a quienes en ellas se revisten de Cristo y reciben al Espíritu de Dios ⁷⁸, que será a lo largo de sus vidas cristianas consuelo y anticipación, y su presencia testimoniará la realidad del nuevo corazón hu-

69. *En. in Ps.* XCI,13.

70. *Cf. id.* XCIV,15; CXXXIV,7,21; CXXXVIII,19; también *id.* LXXXVII,15.

71. *Ver: En. in Ps.* LI,16.

72. *En. in Ps.* CI,2.

73. *Cf. id.* V,17-25; también CXXX,1; CXVIII,S.XXX,1.

74. *En. in Ps.* CVI,13.

75. *En. in Ps.* XXIV,16.

76. *Cf. id.* XXIV,18.

77. *En. in Ps.* XLI,12.

78. *Cf. En. in Ps.* LXXV,18,8.

milde⁷⁹.

La soberbia excluye del remedio porque excluye también del único Cuerpo sanante. Sólo cuando el soberbio se convierte es iluminado⁸⁰, pero esto no ocurre si antes él no asumió la miseria en que lo tiene sumido el pecado.

“La soberbia no les permitía perfeccionarse —Agustín se refiere aquí al pueblo judío—.

Por la confesión de su maldad se disipó la soberbia. La benignidad borró el crimen por la misericordia de Dios y por el oprobio y el engaño fueron anunciadas las realizaciones, es decir, se dijo al hombre: Viste qué eres, notaste qué eres, erraste, te cegaste, pecaste y caíste, reconociste tu flaqueza; pide el médico, no creas que estás sano. ¿Hasta dónde llegó tu locura? He aquí que mataste al médico, sin embargo, no pudiste aniquilarlo... Ved Cristo resucitó.

¿En dónde está la maldición o el oprobio de la cruz que perpetraste?⁸¹.

Ahora bien, el Cristo que padece y muere por la soberbia de los hombres, es el Cristo total. El gime con dolores de parto y da a luz un pueblo. Cabeza y miembros son así inseparables en la cruz.

Su Pascua es ejemplo de nuestra humildad porque El dio el primer paso⁸², pero ella es remedio porque El asoció al hecho salvífico de su muerte que engendra vida a todos sus miembros. Hay una única pasión, como hay una única redención.

La vida del cristiano será una participación en este misterio:

“Padece con Cristo —clama Agustín— puesto que Cristo se presenta en tu flaqueza como pecador.

Así como El quiso hacer suyos nuestros pecados en atención a su cuerpo, así también, hemos de querer hacer nuestros sus padecimientos por ser El nuestra Cabeza.

Aprestémonos a celebrar con El el convite.

No desechemos el cáliz, a fin de alcanzar la sublimidad de Cristo por medio de su humildad o flaqueza.

Pues a los que querían conseguir su grandeza y no pensaban por enton-

79. Cf. *En. in Ps.* CXVIII, S. XV,3; LXXIV,1; XXX,11, S. III,12; LIV,4.

80. *En. in Ps.* XXV,11; Cf. *id.* XLVI,6,13.

81. *En. in Ps.* LVIII,S.II,5.

82. Cf. H.-U. von Balthasar, *o.c.* T.2,1, p.93.

ces en la humildad de Cristo, el mismo Cristo les dice: ¿Podéis beber el caliz que yo he de beber?

Así, los sufrimientos del Señor son nuestros sufrimientos⁸³.

He aquí la vía de la humildad: participar en los sufrimientos de Cristo. Este es el camino que el mismo Dios justo, misericordioso y compasivo nos propone para que los hombres lleguen a ser sus hijos. Este Dios que es justo cuando castiga y misericordioso cuando recibe, que hace que su castigo sea consolador y su recibimiento dulce, nos enseña que la salvación no pasa sino por la humildad de la cruz: "Me salvó —dice el Hiponense— porque fui humillado. No es penal sino saludable el dolor que el médico produce cuando opera"⁸⁴.

CORPUS HUMILITATIS

El cuerpo de la humildad del Señor

"A los párvulos se les predica la humildad de Cristo, la carne de Cristo, la crucifixión de Cristo, porque ésta es la leche suficiente para los niños"⁸⁵. Hay en el anuncio de la humildad cristiana un designio pedagógico de Dios: ella inicia en el conocimiento del Dios vivo que late oculto en la debilidad de Cristo. Su carne es una realidad sacramental, un medio eficaz para entrar en contacto con el Verbo del Padre. Así, Dios se reviste de humildad adaptándose a nuestra capacidad de comprensión, y no sólo en la encarnación, sino continuándola en toda la economía sacramental.

Cristo, para perfeccionar la caridad de su Iglesia, para que su Esposa pueda llegar a su descanso a través de los estrechos caminos por los que le toca andar, ha dejado como "vestigios" impresos en los sacramentos y en las Escrituras⁸⁶, signos para guiar a quienes lo siguen⁸⁷. En la encrucijada de estos caminos encontramos el gran sacramento de su humildad: la Eucaristía. Este

83. *En. in Ps. XXXVII,16,16.*

84. *En. in Ps. CXIV,5,13; Cf. id. CXVIII,S.XV,4.*

85. *En. in Ps. CXX,12,32.* Encontramos la explicación de esta sentencia en *Ad Parthos* 3,1: "*Lac nostrum Christus humilis est; cibus noster, idem ipse Christus aequalis Patri, Lacte te nutrit, ut pane pascat, nan corde contingere Jesum spiritaliter, hoc est cognoscere quia aequalis est Patri*".

86. *En. in Ps. XVI,5.*

87. *Cf. En. in Ps. XVII,37; id. LXXXIV,16,17.*

es su cuerpo, el que se ofrece como alimento para que los pobres se sacien con él, y una vez saciados imiten su humildad⁸⁸. Humildad del Cordero sacrificial que es "el Unigénito y amado del Padre, despojado de su nobleza"⁸⁹.

"Cristo quiso que en su cuerpo y en su sangre radicase nuestra salud.

¿De dónde dimanó el entregarnos su cuerpo y su sangre?

De su humildad.

Si no se hubiera humillado, ni se comería, ni se bebería".

La eucaristía continúa la encarnación, un mismo movimiento interior las une: la humildad de Cristo. El, como Palabra eterna, es el alimento de los ángeles, sacia a las potestades y alegra a los espíritus celestes. Quiso, sin embargo, hacerse también alimento para los hombres que no podían acercarse a su mesa, y consecuentemente se abajó.

¿Qué hombre podrá acercarse a este alimento?

¿Cómo se hallará un corazón perfectamente adecuado para este manjar?

Convenía, por lo tanto, que se transformara en leche, y así, llegue a los niños.

¿Cómo se hace el alimento leche?

¿Cómo se convierte el manjar en leche si no es a través de la carne?

Esto lo hace la madre. Lo que come la madre, eso mismo come el infante.

Pero como él no es idóneo para comer el pan, la madre encarna el mismo pan, y por la humildad de los pechos y por el jugo de la leche alimenta al niño con el mismo pan.

¿Cómo nos alimenta la Sabiduría de Dios con el mismo pan que alimenta a los ángeles?

San Agustín responderá: por la encarnación, y agrega.

"Ved la humildad, el hombre comió el pan de los ángeles".

El dejó la forma de Dios, tomó la de siervo, hecho obediente para morir muerte de cruz.

"Para entregarnos desde la cruz su carne y su sangre como nuevo sacrificio"⁹⁰.

88. Ver: *En. in Ps. XXI, S.1, 30.*

89. *En. in Ps. XXVIII, 6.*

90. *En. in Ps. XXXIII, S.1, 6. Cita Jn 1, 1.14; Flp 2, 6-8.*

Agustín insistirá también sobre el valor ejemplar de la eucaristía. El Señor, dirá, al entregarnos su cuerpo y su sangre nos entregó su humildad⁹¹. Al decir: “Este es mi Cuerpo” Cristo sostenía “en sus manos aquel mismo cuerpo. Esta es la humildad de Nuestro Señor Jesucristo. La que nos recomienda. A ella, hermanos nos exhorta para que vivamos, es decir, se nos exhorta a imitar su humildad para que matemos a Goliat y, teniendo a Cristo, venzamos la soberbia”⁹².

Pero el Señor nos alimenta también con las Escrituras. Hemos de comenzar por ellas como niños y lactantes si deseamos llegar al conocimiento de su majestad. Dios rebajó las Escrituras hasta nuestra capacidad y abrió así el camino de la fe, el que se inicia lentamente y que va progresando a medida que nos fortalecemos para poder elevarnos a la inteligencia de las realidades eternas⁹³.

Para oír la Palabra de Dios es necesario inclinar el oído:

“Considera piadosamente la ley de Dios y las palabras de su boca aquel a quien la humildad le inclina el oído, no aquel a quien la soberbia le levanta la cerviz. Lo que se infunde se recibe en el recipiente hondo de la humildad; lo que se arroja aparece fuera en las prominencias de la soberbia”⁹⁴.

Pero para que nuestro corazón le haga lugar a la Palabra divina, primero esa misma Palabra se vació. Para que podamos inclinar nuestro oído, primero Dios inclinó el suyo:

“Dios inclina hacia nosotros su oído. El se encuentra arriba, nosotros abajo; El está en la altura, nosotros en la bajeza, pero no nos abandona pues Dios mostró su amor para con nosotros, porque aun siendo pecadores, Cristo murió por nosotros.

No precedieron nuestros méritos por los cuales muriera el Hijo de Dios, sino más bien por ser estos nulos, su misericordia fue mayor”⁹⁵.

91. *En. in Ps. XXXIII, S.II,4; Cf. id. 7.*

92. *En. in Ps. XXXIII, S.I,10; Cf. id. XXXIII, S. II,2.*

93. *Ver: En. in Ps. VIII,8.*

94. *En. in Ps. LXXVII,3.*

95. *En. in Ps. LXXXV,2.*

IN COELUM

Hasta el cielo

El camino de la humildad nos conduce hacia el cielo, su término es esa intimidad de Gloria y de Amor en que habita Dios, y en la que ya Cristo nuestra cabeza descansa. Si por la humildad participamos de su humillación, su glorificación nos hace partícipes de su gloria: "Humillados en El, seremos ensalzados en El"⁹⁶. El desde su pasión se elevó al cielo, para llevar consigo a sus miembros a la "opulencia", pues, yacían en la humildad⁹⁷. Y aquí, ante el fin de sus afanes, la mirada de Agustín se dilata:

"Para que te cante mi gloria y no me apene (S.29,13): para que ya no llore sino que te cante, no ya mi humildad, sino mi gloria, porque ya desde mi humildad me exaltaste; y no me apenaré por la conciencia del pecado, o por el temor de la muerte, o por el temblor del juicio.

¡Oh Señor, Dios mío! Confesarte eternamente consiste en reconocer que nada bueno procede de mi, pues todos los bienes dimanar de ti, que eres Dios sobre todas las cosas y en todas las cosas"⁹⁸.

Cristo de tal modo hace suya nuestra humilde carne, que ella ya está para siempre unida a El en la Gloria⁹⁹. En El nuestra humanidad ha sido glorificada; nos toca a quienes aún peregrinamos lejos de la patria, abajarnos y humillarnos, para ascender junto a nuestra Cabeza.

¿Cómo fue exaltado Cristo de quien procede esta gracia?

"Primero —responde el Agustino— en la cruz, después en el cielo. Fue exaltado, en la cruz al humillarse, pero su humillación no pudo ser sino elevación"¹⁰⁰. Así también, nuestra humildad no puede ser sino nuestra elevación. Y Agustín explica que aquellos que entran en el tabernáculo del Señor para habitar en él, entran para ser habitados¹⁰¹. Cristo habita ya ahora en el humilde; consecuentemente, la humildad anticipa aquí nuestra glorificación, como la cruz anticipó la del Hijo. Ella crea una morada digna para que habite el Dios de Jacob.

96. *En. in Ps.* LXV,14,24. Cf. *id.* CXXVI,5,34; *id.* CXXVII,10.

97. *En. in Ps.* XLV,1.

98. *En. in Ps.* XXIX,S.I,13; Cf. *id.* LVIII,S.I,10; *id.* LVIII,S.II,2,25.

99. Ver: *En. in Ps.* XLIX,5,48; *id.* 11; *id.* XXVI,S.II,11,6.

100. *En. in Ps.* CXXXII,11.

101. *Id.* CXXI,12,1.

No hay otro recorrido que aquel por el que anduvo Cristo, que el Doctor de Hipona describe siguiendo las etapas paulinas de la economía:

“Viniste ¡oh Cristo! apareciste humilde, fuiste despreciado, azotado, crucificado, matado, pero al tercer día resucitaste y a los cuarenta subiste al cielo y te sentaste a la diestra del Padre y nadie te ve ahora”.

Primera etapa: encarnación-humillación del Hijo que se consuma en la Pasión. Resurrección que corona su kénosis y retorno al Padre fuente de todo don.

“Desde allí enviaste tu Espíritu, que recibieron los dignos, los cuales llenos de tu amor, predicaron por el mundo a las gentes la gloria de tu misma humildad. Y tu nombre brilla en todo el género humano a pesar de que se nos predica tu flaqueza”¹⁰².

Segunda etapa: el tiempo de la Iglesia, que alumbrada por el Espíritu, anuncia a los hombres el misterio magnífico de la humillación-glorificación del Verbo de Dios.

Y así termina un camino, la vía cristiana por excelencia. Sólo el amor de Dios podía abrirla, y sólo un corazón enamorado como el de Agustín podía recorrerla e invitarnos a seguirlo.

Abadía de San Benito
Casilla 202 – 6700 Luján – Argentina

Agustín COSTA, osb

102. *En. in Ps.* LIII,4; cf. *id.* I,VI,13; Cfr. *id.* XIII,4.